

CAPÍTULO 1

Periferia de Madrid.

Carol estaba sentada sobre una pequeña banqueta fumando un cigarro a grandes caladas, en uno de esos cuartuchos a los que ya se había acostumbrado. El despacho de Tony el Chulo tenía una pequeña sala de espera con el suelo de madera cuarteada y la pintura amarillenta por el humo del tabaco. En las paredes colgaban pósteres enmarcados de estrellas del porno. Los más llamativos eran los de las *amateurs*, que servían como reclamo para las chicas que se acercaban por allí. Uno de ellos reproducía una imagen de una corrida facial en la que la protagonista era Carol. Cuando protagonizó aquella película todavía tenía un cuerpo espectacular y un pequeño brillo en los ojos.

La Aemet acababa de ascender el nivel de alerta por temperaturas mínimas en la comunidad de Madrid. La llegada a la península de una borrasca, que había comenzado como una ciclogénesis explosiva en Canadá, estaba causando más problemas de los previstos. Durante el día, el mercurio marcaba cifras desconocidas desde hacía varios años y al anochecer aun descendía más. Hacía frío, mucho frío.

La calefacción no estaba encendida y el aire que entraba desde la calle a través de una pequeña ventana abatida parecía congelar la estancia. Estuvo esperando un rato. La puerta del despacho estaba cerrada y dentro se mezclaba la risa nerviosa de una chica con los graznidos de Tony.

Dos cigarros más tarde, se abrió la puerta del despacho y apareció una joven bastante alta, con una larga melena negra que movía de forma exagerada, intentando resaltar sus curvas. Pese a la vestimenta y al maquillaje de choni que la ayudaban

a aparentar más edad, no debía de pasar de los diecisiete años. Antes de marcharse, se volvió hacia la treintañera que esperaba ansiosa y, con un gesto de sorna, le deseó suerte, mientras mascaba un chicle.

Carol se había vestido con lo mejor que tenía para aquel tiempo infernal. Debajo de su plumífero, llevaba una camiseta negra que hacía resaltar su melena rubio platino y una minifalda roja a juego con sus botas.

Tony se asomó y le mandó que pasara. Aquel tipo había llegado desde Barcelona con muy mala fama. En los mentideros de las calles se escuchaba que había tenido que escapar de la Ciudad Condal por tener unas grandes deudas con gente chungu. Por lo que se contaba, se metía más mercancía de la que vendía. Y eso no era bueno para el negocio.

Pese a tener apenas veintiséis años, Tony había conseguido hacerse un hueco en el negocio de las drogas en Madrid. Por lo que se hablaba de él, había comenzado de nuevo de la mano de una *familia* enemistada con la de Barcelona.

Aquel chico que se encontraba sentado frente a ella tenía algo que resultaba desagradable. Aunque intentaba aparentar una chulería descarada (que le había valido su apodo), la miraba con ojos de lascivia y oculto deseo.

Pese a que la antigua belleza de Carol se había esfumado hacía tiempo, aún mantenía cierto atractivo.

Los escalofríos y el picor recorrían todo su cuerpo. Necesitaba su chute¹.

Carol había nacido en una familia humilde. A los diecisiete años decidió dejar de estudiar y ponerse a trabajar para ayudar a su madre. Encontró un trabajo en un pequeño supermercado de barrio. Se había desarrollado físicamente muy pronto y era deseada por todos los chicos del barrio. Por los jóvenes y por los no tan jóvenes.

Cuando una amiga de su cuadrilla le propuso que fuese con ella a una cena de acompañante no dudó en aceptar. Por supuesto sabía de sobra que todas aquellas ropas, las joyas, los bolsos, y

¹ Dosis administrada mediante jeringuilla, normalmente de heroína.

en general el tren de vida que llevaba su antigua compañera de instituto, no lo ganaba solo por cenar.

Puso en una balanza las frases asquerosas y los manoseos diarios del viejo encargado del supermercado donde trabajaba por apenas setecientos euros, contra los quinientos que suponían el acostarse con un tío una sola noche. La balanza cayó por su propio peso.

Al día siguiente de la propuesta, se había acercado al supermercado y nada más entrar le había soltado una ostia al viejo encargado, entre la sorpresa y la risa de sus compañeras. Esa misma tarde, ya se estaba probando vestidos que le prestaba su amiga para acudir a la cena del viernes.

Con el paso del tiempo y tras muchas *cenar*, la ingenua búsqueda de su quimera se había quedado en nada. Sus sueños de convertirse en una actriz en auge se vinieron abajo después de intentar participar sin éxito en una serie de televisión y varios anuncios publicitarios.

Había acabado convertida en una estrella fugaz de películas pornográficas, películas que la introdujeron de nuevo en el mundo de la prostitución. Pero esa vez había caído en barrena. Después de acostarse con todo tipo de hombres, después de sufrir todo tipo de vejaciones (que la estrangulasen, la pusiesen una almohada en la cabeza o un cuchillo en la garganta), necesitaba algo de valentía. Y eso se lo comenzó a proporcionar la cocaína.

El siguiente escalón en su descenso a los infiernos lo bajó cuando empezó a meterse heroína para bajar los efectos de euforia y el subidón de las drogas de diseño.

En aquel momento se había quedado sin nada de valor. Su última película no era ya ni un recuerdo.

Tony el Chulo había sido su último representante y productor en cintas porno caseras de pequeña tirada, pero en ese momento solamente era su camello.

Carol se deshizo rápidamente del plumífero para dejar ver su cuerpo.

—Necesito que me des un poco de *caballo*.²

² Heroína.

—Y yo necesito que me pagues lo que me debes. Búscate la vida y tráeme la pasta. Después, ya veremos.

—Puedo hacerte un trabajo, Tony —contestó Carol, mientras acariciaba la entrepierna del Chulo.

De un brusco empujón, la tiró al suelo.

—¿Sabes la cantidad de chavalas que están deseando comerme la polla a cambio de una mierda? ¿Has visto las tetas y el culo que tenía la que acaba de salir? —gritó.

Carol no podía pensar. Por lo menos no podía pensar en otra cosa que no fuese el *jaco*.³

A pesar de lo dicho, Tony se quedó pensativo unos segundos. Sacó un preservativo de uno de los cajones y lo posó junto a varias papelinas que estaban encima de la mesa.

Tiritando, Carol extendió su mano en dirección a las *papelitas*.⁴

—¡Dame el *jaco*, por favor! ¡Te la chupo sin condón o lo que quieras! —rogó desesperadamente.

—¡Y una puta mierda! ¿Para que me pegues un *sidazo*? ¡No te jode! —respondió—. Te lo voy a dar. Pero de momento ven aquí y bájate la falda y las bragas —le dijo mientras buscaba un archivo en el ordenador.

En el momento en que el vídeo comenzó a reproducirse, Carol reconoció inmediatamente una escena de una de sus películas, de cuando era más joven y la heroína todavía no había hecho sus efectos.

Tony se bajó la bragueta y comenzó a masajear su miembro mirando el vídeo. Cuando se le había puesto suficientemente dura como para poder ponerse el condón, la apoyó sobre la mesa, le llenó el culo de lubricante y comenzó a penetrarla.

Apenas unos minutos después, la puerta se abrió de golpe y entró con paso decidido una mujer alta y atlética vestida con una chupa⁵ de cuero.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó Tony con los pantalones por los muslos—. ¡Sal de aquí echando hostias!

³ Heroína.

⁴ Envoltorio de papel fino que contiene una dosis de droga en polvo, normalmente heroína o cocaína.

⁵ Chaqueta de abrigo o cazadora.

La mujer no perdió el tiempo en responderle. Desde la misma puerta se dirigió a la yonki y le ordenó que se fuera.

Tony se apresuró a subirse los pantalones y se dirigió con paso firme y agresivo hacia la mujer.

— ¿Te crees que puedes entrar en mi casa así, como...?

No pudo terminar la frase. Un rápido movimiento muy estudiado y Tony el Chulo se encontraba con el brazo luxado y la cara pegada al viejo suelo.

Carol se había subido las bragas y la falda lo más rápido que había podido, mirando asustada a aquella extraña. Había vivido mucho para lo joven que era y sabía reconocer a una mujer peligrosa cuando la tenía delante.

— Coge lo que quieras y date el piro.

Ante esa orden de la extraña, con la mezcla de temblor del miedo y el mono, Carol cogió las papelines de la mesa y se dirigió a la puerta.

Cuando la yonki se vio obligada a pasar cerca de la mujer, esta la lanzó una mirada que helaría el puto infierno, y dejando ver un cuchillo en su cinturón la aseguró — Si cuentas algo, te buscaré.

Tras la marcha de la yonki, los quejidos de Tony habían aumentado, al igual que sus intentos por liberarse de la presa.

— Estate quieto. Solamente vengo a hablar.

— Vale, vale.

Lentamente, la mujer soltó la presa y Tony pudo incorporarse.

— Apaga esa mierda de vídeo. Vengo a ofrecerte un negocio.

El Chulo la miraba extrañado. No tenía pinta de *madera*, pero tampoco la conocía de nada.

— Siéntate — ordenó la mujer.

— ¿Para quién trabajas?

— Para nadie que tú conozcas. Mi jefe quiere hacer negocios contigo — le contestó, mientras que le tiraba encima de la mesa unas fotografías.

Tony las recogió y se puso a mirarlas con desconfianza. Eran de chicas desnudas muy jóvenes y con gesto de terror.

— Son chechenas. De quince años más o menos. No hablan español, pero para tus películas no creo que eso sea un problema.

Solamente las tendrás un día. Después las cambiamos por otras. La única regla es no marcarlas.

— ¿Cómo puedo fiarme de ti o de tu jefe? — preguntó dolorido el macarra.

— Mañana mismo puedes tener una de prueba. La primera es gratis.

La codicia y la lascivia superaron el poder del miedo e hicieron que Tony aceptara la oferta. Al día siguiente por la noche, llegaría una chica para que él pudiese follársela. La única condición que puso la intermediaria fue que la esperase solo.

El Chulo no puso reparos. La policía no actuaba así y, si se hubiese tratado de algún tipo de truco de alguna familia para acabar con él, habrían podido haberlo hecho en ese mismo momento.

Lo que Tony no sabía era que la noche siguiente franquearía la puerta de forma voluntaria a su propia muerte.

Nada de chechenas adolescentes asustadas a las que follarse entre sollozos; nada de grabaciones para cerdos desviados que le pagarían una pasta; nada de placer. Solamente encontraría una muerte tan cutre como él.

No se habría podido imaginar que, días después, un par de patrullas Z⁶ le encontrarían muerto en su famoso despacho. Su chulería no le habría permitido imaginarse con el cuello cortado, la espalda repleta de puñaladas y sus partes más queridas destrozadas por el filo de un cuchillo.

⁶ Vehículo de policía con distintivos claramente identificativos.

CAPÍTULO 2

Localización desconocida.

Se encontraba frente a un escritorio de madera de roble que, pese a los años que parecía tener, había sido muy bien restaurado. Aportaba un toque muy elegante a la habitación en la que se encontraba. Nadie se habría imaginado que ese pudiera ser el refugio de quien ha matado recientemente.

El escenario era todo lo contrario a lo que una persona se podía encontrar en una de las últimas películas taquilleras de asesinos en serie, una de esas en la que el asesino se esconde en un piso suburbano empapelado de fotografías, recortes de periódicos y pintadas difíciles de leer bajo una luz escasa.

Encima del antiguo escritorio se encontraba un elegante juego de estilográfica y bolígrafo que hacían conjunto con otros útiles de escritura.

La figura se inclinó hacia delante en la butaca del escritorio. Extrajo una hoja de papel del interior de un portafolio y comenzó a escribir en ella con total dedicación.

Después de tanto tiempo planificando, por fin ha llegado el día en el que comienza todo. Por fin podré hacerte justicia.

Sabía que la criatura había comenzado a formarse dentro de mí, muchos años atrás. Sin embargo, en mi mente una conjunción de distintos sentimientos encontrados entre sí la habían mantenido en un estado de letargo. Como si de una crisálida encerrada dentro de su capullo se tratase, permanecía inmóvil y sin alimentarse.

A partir de tomar la decisión de actuar y convertirme en Némesis, se dieron las condiciones idóneas para que la criatura pudiese vivir. No podía mantenerla hibernando para siempre. No sabría decir si fue más fuerte su lucha por salir o mi deseo por conocerla. Lo único que sé es

que fui yo quien abrió la puerta para que pudiese disfrutar de la vida y la libertad. Se acabaron las cadenas y las mordazas, No más ataduras, ni para ella ni para mí.

Pero todo lleva su tiempo y, si lo que voy a hacer quiero que resulte mediático, necesito aportar una seña de identidad muy característica. Para ello estuve estudiando casos de conocidos asesinos durante mucho tiempo. Primero me fijé en qué métodos habían utilizado los que se habían hecho un hueco en la historia de la muerte. El norteamericano Jeffrey Dahmer, apodado el Carnicero de Milwaukee, se había decantado por el canibalismo. Su homólogo ucraniano Andrei Romanovich Chikatilo, conocido como el Carnicero de Rostov, había elegido la mutilación. Más precisamente la extirpación de los ojos. Y matar a mordiscos como el gallego Manuel Blanco Romasanta, al que habían diagnosticado de licantropía clínica, tampoco era una opción.

Me resultaba todo bastante asqueroso e inútil, así que orienté mi búsqueda en los tipos de mensajes. Los criptogramas o los naipes ya estaban vistos. Necesitaba llegar a la curiosidad del público y alcancé la conclusión de que la mejor manera era utilizar los escritos religiosos. El judaísmo, el hinduismo y el budismo quedaron descartados por el desconocimiento de la mayoría de la población española. El cristianismo o el islamismo resultaba mejor no tocarlos, así que me decidí por las religiones menos conocidas y su mitología.

La mitología nórdica quedaba totalmente descartada. Resultaba tan grande y enriquecedora que ya había sido utilizada para demasiadas cosas. La genialidad de Richard Wagner se había inspirado en los personajes nórdicos para escribir varias de sus óperas, como la tetralogía El anillo del nibelungo. El filólogo, poeta, profesor y escritor JRR Tolkien también había resultado ser un amante de la mitología nórdica que dejó impregnadas sus obras. Y por fin la presencia de los héroes y dioses en el mundo de Stan Lee, las películas de Marvel o en videojuegos como God of War anulaban su posible utilización.

Tras descartar a los chinos, los celtas, los egipcios o los aztecas, me decidí por utilizar la mitología griega. Estudiando mitos y leyendas me llamó la atención una deidad que los griegos llamaban Némesis. Se guiaba por la justicia reparativa. Castigaba a los que no obedecían a aquellas personas con derecho a mandarlas. Sancionaba a los hijos que

no obedecían a sus padres y vengaba a los amantes desgraciados por la infidelidad de su amante.

Así que, para esta charada, he decidido adoptar el nombre de Némesis, porque su venganza, será la mía.

Posó la estilográfica a un lado del escritorio y cogió un encendedor.

Con suma delicadeza la figura sujetó la carta y le prendió fuego por una de las esquinas inferiores. Se quedó mirando cómo la llama convertía el papel entintado en cenizas. Y comenzó a llorar.

CAPÍTULO 3

4 de diciembre, Madrid capital.

Al anochecer de una tarde oscura y fría de diciembre, el comisario Ángel Ferreiro se encontraba sentado en la terraza cubierta de un pub del centro de la ciudad, un local cercano a su casa en la calle Arenal. La terraza, con la intención de resguardar a los clientes del viento, estaba delimitada por unas gruesas paredes de cristal de un metro y medio de altura. En ellos se reflejaban las luces navideñas con forma de esfera que el ayuntamiento había colocado sobre la calle peatonal. Se podía ver cómo, mientras unas personas paseaban tranquilamente disfrutando del paisaje, otros se afanaban en recorrer tienda tras tienda realizando las compras típicas de esas fechas.

Ferreiro sostenía en su mano derecha un cigarrillo, mientras con la otra daba vueltas al hielo que quedaba en su copa vacía de bourbon. Sumido en sus pensamientos, no podía dejar de pensar cómo había acabado así.

Había sido uno de los comisarios más jóvenes del Cuerpo Nacional de Policía. Ingresó como inspector con apenas veintiún años a mediados de la década de los noventa y fue destinado directamente a Barcelona.

Habían pasado más de diez años desde la unificación del Cuerpo Superior de Policía con el de Policía Nacional, pero el tema continuaba teniendo su transcendencia. La unión de dos cuerpos de naturaleza tan distinta había resultado dolorosa. El CSP, dedicado a la investigación y más conocido por el público como *chapas* o *secretas*, se había fusionado con el CPN de los *grises*,⁷ dedicado al orden público. Aquella amalgama hacía que todavía pudiese palpase la tensión en determinados momentos.

⁷ Miembro de la antigua Policía armada, llamados así por el color de su uniforme.

La mayor parte de los tenientes coroneles y coroneles de la militarizada Policía Nacional se habían marchado al Ejército. No querían ser comisarios, ni por supuesto civiles, y perder sus prebendas. En la Escala Ejecutiva a la que Ferreiro pertenecía en aquel momento se mezclaban inspectores de nuevo ingreso como él con otros que llevaban años acostumbrados a *otras formas de hacer las cosas*. Y justo encima de ellos, subcomisarios y capitanes que se habían visto relegados a ser inspectores jefes, con antiguos rencores muy bien guardados.

Atrás quedaban a finales de los ochenta uniformes marrones, que daban lugar a la utilización de forma popular y habitual del término *madero*,⁸ dejando paso al incómodo uniforme azul de chaqueta *torera* y camisa azul blanquecina. Sin embargo, una cosa sí les había unido a todos: indistintamente del color marrón, azul o el verde de la Guardia Civil, todos los uniformes se manchaban de sangre, sangre de los muertos que se sucedían a manos de grupos terroristas de extrema izquierda, principalmente Euskadi Ta Askatasuna (ETA) y los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO).

No habían sido, eran ni serían años fáciles. Malos tiempos también en los que la heroína había causado estragos. Los toxicómanos necesitaban pagarse su próximo chute y el nivel de atracos a farmacias, gasolineras y oficinas bancarias había subido como la espuma, con el coste de muchas vidas.

En 1977, siendo Ferreiro aún un niño, se había creado el Grupo Especial de Operaciones (GEO), con el propósito de luchar contra los terroristas dentro de nuestro país. Se pretendía seguir el ejemplo del grupo antiterrorista alemán GSG-9. Sin embargo, ante la creciente demanda de situaciones armadas y delicadas que exigían la intervención rápida en distintos puntos de España, se crearon en 1989 los Grupos de Operativos Especiales de Seguridad (GOES), con base en distintos puntos de España.

Ferreiro vio su oportunidad de poder dejar de lado tantas intrigas político-policiales y formar parte de esa unidad, mucho

⁸ Policía.

más operativa. Dos años después consiguió acceder al grupo y, durante los más de diez años que perteneció a los GOES, estuvo destinado entre Cataluña y el País Vasco. En aquellos años vivió el secuestro del funcionario de prisiones Ortega Lara, el despiadado asesinato del concejal Miguel Ángel Blanco, y el mortal y cobarde ataque con coche bomba a Fernando Buesa y de su escolta de la *ertzaina* Jorge Diez Elorza.

Un trío de pequeñas criaturas del infierno le sacaron bruscamente de sus pensamientos. Disfrazados como adorables niños pijos, pasaron corriendo junto a su mesa y la empujaron. Hicieron caer la carta de cócteles y cervezas sobre el cenicero, lo que provocó que se esparciese la ceniza sobre la mayor parte de la mesa. Ferreiro reaccionó rápido y, mientras recolocaba la carta, echó una mirada fulminante sobre los diablos, que corrían a esconderse. Encontraron cobijo entre las cuatro parejas sentadas en una de las mesas del fondo de la terraza.

El comisario regresó a sus pensamientos, a los tiempos en los que, al ascender a inspector jefe, se vio obligado a cambiar de destino, puesto que los destinos de mando dentro de los GOES estaban cubiertos. Aquello le abocaba sin remedio a ir a parar a una comisaría perdida en el mapa, llena de policías desmotivados y dirigida por algún jefe fracasado y amargado. Sin embargo, por medio de un antiguo amigo, coronel del Ejército que se encontraba destinado en la Secretaría de Estado de Seguridad, consiguió ser nombrado jefe de la comisaría local de Cornellá de Llobregat. Era un destino bueno. La comisaría abarcaba también las localidades de Esplugas y Sant Just Desvern. La dependencia estaba llena de jóvenes policías que, aun estando de paso por Cataluña, demostraban el ardor guerrero de los primeros años.

Pero principalmente había escogido aquella comisaría porque tenía unos buenos amigos allí: el inspector Emilio Formentera y su mujer María. Les conocía desde hacía más de cinco años y tenía una relación magnífica con ellos. Por lo menos para Ferreiro.

Lo que no sabían era que aquello iba a acabar mal, sin que ninguno de los tres pudiese preverlo ni hacer nada para evitarlo.

Tal vez fuese un destino predestinado y ya escrito en sus vidas por algún tipo de ser superior. Sin embargo, dos de ellos se decantaron más por la ley causa-efecto del karma.

Ferreiro caló con fuerza el cigarro y recordó el día en que una bala le quitó a su mejor amigo y dejó a María con un niño pequeño. Por eso, cuando años después ascendió a comisario, buscó destino en Madrid, intentando huir de sus recuerdos.

Una voz melosa de mujer susurró al oído de Ferreiro y le sacó de forma placentera de sus oscuros pensamientos.

— *Bonne nuit, chéri.*⁹

Aquella bella mujer de treinta y seis años que le besaba en los labios se llamaba Marlène Dubois y era el enlace de la Gendarmería Nacional Francesa en España en la oficina de Interpol-Madrid desde unos años atrás. Ambos se habían conocido cuando la francesa, en una operación conjunta franco-española y al mando de varios agentes de la Brigada de Patrimonio Histórico, había invadido la comisaría de Ferreiro. Desde allí, llevó a cabo la detención de tres franceses que se habían ocultado en un piso de aquel distrito, tras robar tres pinturas de Claude Monet en la localidad de Marsella, durante una exposición temporal.

Volvieron a coincidir unos meses después en una reunión acerca de las medidas de seguridad frente a los ataques de Al Qaeda en Europa. Comenzaron tomando unas copas y acabaron manteniendo una relación de pareja liberal.

La capitán Marlène era una mujer muy trabajadora, pero sobre todo muy ambiciosa. Llegar con sus años a ese rango y ese destino resultaba muy difícil en un mundo de hombres; sin embargo, para ella solamente era el principio del camino en su meteórica carrera. Llamaba la atención por su físico: alta, delgada, fibrada, rubia y con grandes ojos azules. Se llevaba la mirada de muchos hombres, pero lo que más la caracterizaba era su estilo y su sensual forma de moverse.

Se quitó el abrigo negro y dejó ver su blusa blanco marfil, abotonada justo hasta el escote. Mientras se acomodaba en la silla de enfrente a Ferreiro, que estaba junto a un calefactor en

⁹ Buenas noches, cariño.

forma de seta, llamó al camarero y le pidió que les sirviesen un *gin-tonic* para ella y otro *bourbon* para él.

Encendió un cigarro, mientras pensaba que, pese a los doce años que los separaban, Ferreiro la resultaba muy atractivo, pues mantenía su cuerpo en muy buenas condiciones, con su metro setenta y ocho y sus ojos verdes pardo.

— ¿Qué haces por aquí, Marlène? No habíamos quedado —le dijo Ferreiro con un gesto burlón.

— Ángel, Ángel, ¿no te gusta mi presencia? —replicó ella, mientras con el pie descalzo le acariciaba por debajo de la mesa.

— Bueno, otra noche de poco dormir —contestó Ferreiro mientras hacía un gesto de aprobación y sonreía de soslayo.

— *Enchantée*¹⁰ —dijo la francesa, mientras levantaba su copa de balón en símbolo de brindis.

Ferreiro no podía quitarse de la mente el problema que tenía. En breve recibiría la confirmación de lo corta y penosa que sería su vida. El destino le esperaba en forma de carta.

Tras cenar en un restaurante próximo e insultantemente caro, ambos enfilaron de nuevo la calle Arenal para llegar al piso de Ángel.

Nada más atravesar la puerta, Marlène enterró los dedos entre el cabello de Ángel y arrastró su cabeza y su cuerpo hacia ella. Pasó su lengua por sus propios labios, sintiendo aún más la respuesta de él dentro del pantalón. Mientras, en correspondencia, algunos suaves besos eran depositados en su cuello.

Ángel movió su cuerpo lentamente sobre el suyo y la fricción resultó tan placentera que se abandonaron por completo. Sus lenguas se juntaron en una danza erótica animal y desconocida, en un duelo de voluntades para saber quién obtenía más placer.

Marlène dejó que él arrasara con su boca, absorbiendo sus gemidos y su saliva para entonces emprender la ofensiva. Le hizo retroceder para ser ella la que mandara.

¹⁰ Encantada.

Encontró las dilatadas pupilas donde había leído el deseo salvaje que le consumía y se deleitó con el gemido brusco de él mientras sujetaba con fuerza el pene erecto.

Se arrodilló ante él y le empujó contra la pared del pasillo. Él respondió quitándose la corbata con gesto brusco.

Sabía que le tenía en su poder y eso era lo que más la excitaba. Continuó con el movimiento de su lengua alrededor de su sexo, mientras él se retorció de placer.

Ángel sintió que su orgasmo estaba a punto de llegar. La frenó con un gesto y la sujetó fuertemente para desplazarse apenas un metro y poder subirla sobre la mesa del salón.

La capitana vestía lencería de costura francesa, por lo que Ángel tuvo muy fácil emprender la ofensiva. La penetró, sintiendo cómo estaba totalmente mojada, a la vez que ella arqueaba su cuerpo sobre la robusta mesa de ébano, retorciéndose de placer. Su melena rubia se esparcía sobre la mesa negra formando un sensual dibujo.

El comisario estiró una mano directamente hacia sus pezones hinchados, mientras realizaba movimientos circulares muy lentos con su pelvis. La excitaba a la vez que la desesperaba.

Quiso acercar su boca hacia aquellos pechos que tanto le estimulaban. Sin embargo, se encontró con la negativa de Marlène, quien se incorporó de forma brusca, le sujetó fuertemente del pelo y le susurró:

— Dame duro.

Ángel respondió y los jadeos de la capitana resonaron entre las paredes de la habitación.

CAPÍTULO 4

6 de diciembre, Madrid.

Habían pasado dos días desde el encuentro con Marlène y desde entonces Ángel estaba solo. Eso era lo que tenían las relaciones extramatrimoniales. Pese a encontrarse rodeado de personas, cada día se sentía aun mas solo.

Aquella mañana había ido a recoger el sobre que contenía su futuro. Desde que la tarde anterior en que recibió un mensaje en el que se le comunicaba que podría pasar a recogerlo después de las fiestas, no podía parar de pensar. El comunicado le dejaba claro que cerraban durante el puente de la Constitución, pero eso no le impediría conseguirlo.

No le resultó fácil que le atendiesen un día festivo, pero, tras insistentes llamadas y abusar de la confianza, había logrado tenerlo. Lo curioso resultó que, al tenerlo en la mano, lo había guardado directamente sin abrir en el bolsillo interior de su abrigo. Su actitud decidida para conseguirlo se había convertido en pánico de abrirlo.

Se detuvo en el bar donde paraba habitualmente, muy cerca de su casa. Le pidió a la camarera una cerveza, pero estaba tan centrado en sus propios pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de lo alterados que estaban, tanto el bigotudo dueño del bar como los clientes. Todo el bar parecía tener la misma conversación.

Sin embargo, ajeno a todo lo que le rodeaba, Ferreiro se fijó en un hombre que estaba igual que él, ajeno a aquella vorágine de cuchicheos. El tipo estaba jugando de manera desquiciada en una de las máquinas tragaperras. Ferreiro afinó la vista y pudo ver cómo el hombre estaba jugando a lo máximo que le permitía la máquina: un euro por partida. Tal y como los rodillos giraban, mientras pulsaba las teclas de manera frenética parecía gastar tres euros cada dos segundos. En el marcador de premio figuraban

ciento treinta y siete euros, de los que iba gastando para seguir jugando. Cada vez que le tocaba un premio, el dinero lo cambiaba por bonos, de los cuales parecía que no iban a caber más en el iluminado marcador. Comenzó a apostar como un poseso en el juego superior, donde aparecían dibujos de unos gnomos burlones y unas hadas dibujadas para adultos muy ligeras de ropa. Tan absorto se encontraba Ferreiro que se acabó la cerveza viendo cómo el tipo conseguía 290 en premios y mantenía una gran cara de disgusto. A saber cuánto se habría gastado ya...

Se giró de nuevo hacia la barra y le hizo un gesto a una de las dos camareras para pedirle otra cerveza. El gordo bigotudo, en un intento de reflotar la economía del establecimiento, había contratado recientemente a dos jóvenes chicas del Este, con la intención de aumentar la población masculina del local. La joven cambió el vaso vacío por otro que dejaba caer la espuma sobre el mostrador.

—Qué pena lo de Esteban, ¿verdad? Yo me he quedado de piedra —comentó con gesto serio la camarera.

—¿Qué Esteban?

—Esteban, el carnicero de la esquina.

—Ah... sí. ¿Y pena por qué?

—Debes de ser el único del barrio que todavía no se ha enterado. Esta noche le ha dado un infarto.

—¡Ostias! ¿Y cómo está?

—Se ha muerto.

Muerte, la palabra que más temía Ferreiro después de la de sufrimiento. Pegó un salto en el taburete y salió a la calle unos metros, desde donde pudo una rosa sujeta en la reja metálica de la cerrada carnicería. Le conocía del barrio desde hacía años y había coincidido con él bastantes veces en el bar. Un hombre campechano, siempre de buen humor y con un gesto amable. Un hombre de apenas cincuenta años.

Cabizbajo volvió a entrar de nuevo en el bar y lentamente se acomodó de nuevo en el taburete, mirando de reojo el puto sobre. Desde el interior de su abrigo parecía devolverle la mirada de forma desafiante.

Con cara de lástima, la chica se dirigió de nuevo a Ferreiro:

— Esa es la misma reacción que he tenido yo cuando me lo han dicho. Esta mañana no me lo podía creer, he tenido que asomarme.

Ferreiro tan solo respondió tragando de golpe lo que le quedaba de la cerveza y pidiendo otra.

No mucho mas tarde llegó a casa, sacó con dos dedos el sobre del abrigo y lo tiró con miedo sobre la cama del dormitorio. Tenía la ilusión de que se abriese un enorme agujero negro en aquella habitación y se lo tragase, con cama y habitación incluida. Pero nada de eso pasó. El puto sobre continuaba encima del edredón, inmóvil y riéndose de él.

Se aflojó la corbata y se desabrochó el botón del cuello de la camisa, mientras se tendía en la cama mirando hacia el techo. Estaba sudando en pleno diciembre. Pasaron cinco minutos, o tal vez fuese una hora. La noción del tiempo había desaparecido alrededor suyo. Se incorporó sobre la cama y buscó en el cajón de la mesita de noche: una caja de antidepresivos abierta, junto a otra de profilácticos estriados y tres mecheros usados. No buscaba nada de eso. Movi6 bruscamente la mano dentro del caj6n con nerviosismo, apartando papeles y mil cosas m6s. Segundos despu6s, por fin encontraba la caja de ansiol6ticos.

Una botella de *whisky*, sustituta de muchas anteriores, le llamaba desde el aparador. Se levant6 con cierto mareo, bebi6 un trago a morro y se trag6 las dos pastillas que acababa de extraer de un bl6ster. La sequedad de boca continuaba.

De nuevo mir6 el sobre y con lentitud se acerc6 para abrirlo. Cuando se quiso dar cuenta, ya ten6 el sobre en la mano. Volvi6 a sentarse sobre el borde de la cama. El papel duro y 6spero cruji6 cuando separ6 la solapa para abrirlo. Cerr6 moment6neamente los ojos, esperando que todo fuese un sue6o, pero solamente consigui6 que su dolor de cabeza aumentase. El coraz6n cada vez le palpitaba con m6s fuerza, martilleando sus sienas. Con las manos temblorosas extrajo las dos hojas de papel grapadas de su interior y comenz6 a leerlas. No hab6 pasado de la primera l6nea cuando busc6 de forma fren6tica el p6rrafo final de la segunda hoja.

Escrito en negro sobre blanco estaba lo que tanto tem6. Las palpitaciones se convirtieron en taquicardias y comenz6 a

respirar con dificultad. De pronto, le surgió una arcada seguida de un brusco vómito que ensució la alfombra.

La hiperventilación pulmonar le produjo un mareo que le tumbó en la cama, mientras veía como la lámpara del techo giraba como una noria. Adoptó una posición fetal y comenzó a respirar de forma paulatina como le había enseñado el doctor, pero la respiración abdominal se le entrecortaba y lo que fueron minutos le parecieron horas. Tenía ganas de escapar, de huir, de desaparecer.

Al cabo de un tiempo incierto, y una vez más relajado, se incorporó lentamente. Con los ojos vidriosos y la mente en blanco, consiguió desplazarse como un zombi hasta el salón. Se sentó en su sofá y desenfundó su pistola. Comprobó que el cargador estuviese bien sujeto y el seguro en posición de fuego.

Montó el arma. Era un sonido metálico que había escuchado miles de veces, pero en ese momento sonó distinto. Apoyó el cañón de la pistola en su sien derecha, por la que discurrían pequeñas hileras de sudor. Su dedo índice se deslizaba sobre el gatillo como una pequeña serpiente inquieta que intentaba escapar.

Bajó el arma, mientras pensaba en la posibilidad de que en el último momento se le desviara el tiro y se convirtiese en un vegetal. Postrado durante meses en una cama de hospital. Conectado a un respirador y a una sonda de orina. No sería la primera ni la última vez que aquello le había ocurrido a algún compañero. La imagen en su mente le produjo una mezcla de miedo y asco.

Con las dos manos volvió a empuñar el arma y se la introdujo en la boca. Su lengua detectó el sabor férreo del cañón. La sensación de aspereza y sequedad de su boca le resultaba asquerosa.

«Vamos, cabrón, aprieta el gatillo. Apriétalo», le decía una voz en su cabeza.

Los ojos se salían de sus órbitas, mientras que expulsaban lágrimas.

«Vamos, puto cobarde. Acaba con todo. Deja de sufrir», se decía a sí mismo con rabia.

Tras eternos segundos, comenzó a llorar de forma histérica. El arma cayó sobre la mesa y susurró:

— Ni siquiera esto puedo hacer.

CAPÍTULO 5

Madrugada del 7 de diciembre. Barcelona.

Un viejo Opel Kadett de color gris atravesaba la avenida Diagonal, bajo una lluvia incesante. Los relámpagos se reflejaban en el parabrisas y atormentaban al joven conductor, aunque no tanto como sus propios pensamientos y miedos. El vehículo zigzagueó para desviarse unas cuantas calles. Por fin llegar a su destino y frenó bruscamente.

Debajo de la mampara de una parada de autobús se encontraba esperando un joven aterido, que se estaba agarrando con ambas manos las solapas del cuello de su cazadora, buscando un resquicio de calor.

— ¡Miguel, sube al coche! — gritó el conductor entre el sonido de los truenos.

— ¡Joder, Jose, son casi las cuatro de la mañana! ¿Cómo se te ha ocurrido quedar conmigo a estas horas? — le contestó mientras entraba en el coche e intentaba orientar las toberas de la calefacción hacia él, para obtener un poco de calor.

— ¡Eh! No te mosquees conmigo, solo quiero que me acompañes a un sitio y luego te lo explico.

— Como sea uno de tus malos rollos, paso. Ya sabes que paso de movidas. La última vez casi acabamos en el talego por una de tus historias.

— No se trata de nada de eso. Ahora cállate y déjame conducir, que bastante nervioso estoy yo.

— ¿A dónde vamos? — preguntó inquieto Miguel.

— A hablar con un amigo. Bueno, mejor dicho, con un hijo de puta. Pero tiene mercancía de la buena. A veces se pone nervioso y acojona, pero no pasa nada. Le pago y punto.

— Está bien — contestó Miguel, mientras pensaba.

Jose había estado varias veces en el *maco*¹¹ por traficar con farlopa¹². Hacía unos años, solamente era uno que le compraba los canutos, y sin embargo en ese momento contaba con él para hacer ciertos pases cada vez más importantes. Era una buena forma de poder pagar su consumo. Desde que su amigo Tony había desaparecido de Barcelona, Miguel ayudaba a Jose haciendo pequeños pases y algún que otro cobro para poder consumir.

—Jose, ¿tienes algo aquí?

—M —contestó. — Lo tienes en la guantera. Pero ten cuidado, que se me abrió la bolsa.

El éxtasis de toda la vida, antes abundaba como rulas,¹³ pirulas,¹⁴ pastis...¹⁵ En ese momento el MDMA¹⁶ estaba más de moda y Jose lo vendía en polvo o cristalizado, después de haberlo cortado con ketamina¹⁷ o cafeína.

Miguel empapó el dedo en saliva y lo untó directamente en el cristal. Le resultó demasiado amargo, como siempre, así que hizo una bolita con un trozo de papel de liar y se la tragó.

El coche atravesó un polígono industrial que unía la Ciudad Condal con la localidad de Esplugas de Llobregat, para acabar entrando por un pequeño camino de tierra que daba a un descampado. Al fondo se encontraba aparcado un Porsche de color rojo oscuro en el que destacaba un faro roto.

Jose aparcó el Kadett a unos veinte metros del flamante Porsche y se bajó nervioso. Del otro vehículo descendió un hombre corpulento de unos cuarenta años, vestido con una

¹¹ Cárcel.

¹² Cocaína.

¹³ Pastilla en general.

¹⁴ Pastilla de éxtasis.

¹⁵ Pastilla de éxtasis.

¹⁶ Metilendioxitetanfetamina: droga empatógena perteneciente a la familia de las anfetaminas, usualmente conocida como éxtasis.

¹⁷ Anestésico de efecto rápido que se utiliza tanto con humanos (sedante en operaciones menores) como con animales (tranquilizante). A dosis altas, causa intoxicación y alucinaciones similares a las del LSD.

chaqueta de cuero negro y unos vaqueros de marca ajustados, de esos que resaltan la virilidad del portador.

El macarra de rostro sombrío hizo un gesto brusco a Jose. Sin mediar palabra entraron dentro del porche y comenzaron a hablar. Mientras, Miguel encendía un cigarrillo e intentaba buscar algo decente que escuchar en la destartalada radio del viejo Kadett, pero no lo consiguió. A esas horas solo se oían historias melancólicas de gente con insomnio.

Comenzaba a amainar la lluvia, así que decidió salir a estirar las piernas. Sus botas se enfangaron con el barro del suelo y en ese momento, mientras calaba insaciablemente un cigarro, observó varios gestos bruscos dentro del Porsche. Se quedó mirando hacia el vehículo y de repente vio cómo se ponía en marcha y se alejaba rápidamente, dejando surcos en el cenagal que se había formado.

Miguel, sin entender qué ocurría, se volvió hacia el Kadett. Abrió la puerta del conductor para coger el teléfono y llamar a Jose. Al agacharse sobre el asiento, quedaron ante su cara los cables pelados del puente que le habían hecho al coche. Miguel se cagó en Dios en voz alta. Estaba claro que Jose no iba a volver a por él, ni a por un coche robado. Le había dejado allí tirado sin ningún motivo.

Continuaba agachado con medio cuerpo dentro del coche, cuándo sintió un movimiento a sus espaldas, lo que le hizo girarse agachado para encontrarse con el impacto de un chorro de gel en el rostro. Instantáneamente los ojos comenzaron a llorarle impidiéndole la visión. Sintió cómo el aire le faltaba y le obligaba a doblarse hacia delante con una tos incontrolable. En ese momento recibió un par de golpes a la altura de los riñones. Se giró con rapidez intentando hacer frente a una figura borrosa, pero solamente logró recibir dos golpes más en el abdomen. Las gotas de lluvia caían por su cara y comenzó a sentir frío en el vientre.

Con un destello de relámpago distinguió cómo brillaba un cuchillo empapado en sangre. La noche empezó a parecerle más oscura. Las piernas le temblaban y el corazón parecía que se le

fuese a desbocar. Cayó de rodillas al suelo, a merced de aquella sombra que le observaba sin más. Nada le impidió intentar arrastrarse por aquel lodazal, alejándose centímetro a centímetro, durante lo que le parecieron horas, pero sin conseguir apenas avanzar. Hasta que de pronto una mano levantó su cabeza tirando del pelo y otra seccionó su cuello de forma rápida y precisa. Un chorro de sangre salió con fuerza, seguido de otros más pequeños. La boca de Miguel se abría como la de un pez fuera del agua, intentando dar bocanadas de aire, sin conseguir más que atragantarse con su propia sangre. Los ojos enrojecidos lloraban sabiendo que se moría.

Tirado como estaba en el suelo, intentó tapar su herida con ambas manos repletas de barro, pero en segundos un sonido gutural acabó con la función.

La figura que se encontraba frente a él le miraba impasible. Sin perder detalle. Como si quisiera grabar una película en su mente de aquel momento, para poder volver a visionarlo una y otra vez. Parecía querer recordar en ocasiones posteriores, un momento tan especial como ver los últimos momentos de vida de una persona.

El inmóvil cuerpo ya no otorgaba satisfacción. La fantasmagórica figura se aseguró de que los alrededores continuasen desiertos. No interesaba la injerencia de extraños. Como si de un ritual místico se tratase, colocó con suma delicadeza el cuchillo con hoja de doble filo sobre el pecho del cadáver. El mango recubierto de neopreno negro tenía una característica muy peculiar; en uno de sus laterales se podía ver incrustada una letra N en brillante metal.

La figura se alejó lentamente del lugar, como si nadie pudiese interferir en su tarea. Su momento de placer había pasado y, pese a haber saciado su sed de sangre, tan solo era momentáneo.